

5.

**EL LABERINTO EMPÍRICO-TRASCENDENTAL:
TRADICIONALISMO, BALMESIANISMO,
POSITIVISMO, CRITICISMO**

SUMARIO:

El capítulo quinto está dedicado, en sentido estricto, al tercero de los informes que componen el *dossier* de la “Cuestión Textos”: el del representante del *tradicionalismo católico*, don Miguel Antonio Caro, futuro co-equiperero del *regenerador* Rafael Núñez, co-autor de la Constitución de 1886 y presidente de la República (1892-1898). En sentido amplio, se propone sacar a la luz el campo de saber en donde se situó localmente la *filosofía católica*, tratando de mostrar a la vez, los puntos de anclaje más globales que, en ese campo, fueron condición de posibilidad para la filosofía neotomista.

Completando el análisis arqueológico abierto en el capítulo anterior, y apelando al mismo recurso de composición por fragmentos de amplitud variable, la exposición se mueve entre el análisis del *Informe* y dos excursos sobre el filósofo catalán Jaime Balmes, “precursor del neotomismo” y una de las fuentes no sólo de M. A. Caro sino de los neotomistas colombianos incluso hasta la década de 1970.

El recorrido de este capítulo se despliega en cinco partes:

La primera parte, reafirma el carácter de *umbral epistémico* de la “Cuestión Textos”, dado que la argumentación carista atacó, en nombre del avance científico, las bases conceptuales mismas de la *Ideología*. Caro opondrá a ésta, otra “ciencia de ciencias”, la Filosofía, pero con una función distinta a la de la ciencia ideológica: aunque concibe la Filosofía situada en lo alto de una pirámide, su función ya no es ordenar los campos del conocimiento en forma descendente, sino coronarlos como síntesis elaborada a partir de los hechos acumulados progresivamente por las ciencias empíricas. Esta tesis parece remitir a un campo de saber que no es “el orden de las razones” sino el de las “ciencias positivas”. Allí, católicos como Caro, Balmes o Mercier, aún oponiéndose entre sí, plantean una postura análoga, discutiendo las posturas de Kant y Comte. Con ello, esta investigación tiene que responder una pregunta empírica: ¿qué debía la noción carista de ciencia al orden racional, a la pirámide positivista comtiana o a la ciencia crítica kantiana?; tras la cual se dibuja otra cuestión mayor: ¿cómo se posicionó la filosofía católica dentro de esa fisura empírico-trascendental que transformó la configuración racional del saber?

Por ello, al final de esta parte, se precisa el planteamiento arqueológico sobre la serie “*positivismo-criticismo-metafísicas de la objetividad*” como *figura epistemológica* constitutiva de las ciencias humanas: si es cierto que “*todo análisis que hace valer lo empírico a nivel de lo trascendental no puede ser sino, de un solo golpe, positivista y escatológico*”, debe investigarse ¿cómo la escatología católica buscó un “diálogo” con las ciencias positivas, a la par que disputaba con sus escatologías respectivas?

La segunda parte realiza un “primer excursu balmesiano”, explorando la metafísica del “precursor del neotomismo”, el catalán J. Balmes, desde su noción de *fenómeno*. Su proyecto -elaborar una crítica católica de la *Crítica de la razón pura*-, ofreció desde 1845, a los intelectuales católicos -latinoamericanos y europeos, tradicionalistas y neotomistas-, instrumentos para asimilar la ruptura epistemológica producida por las ciencias positivas y la filosofía crítica, pero a su vez oponerse a las implicaciones metafísicas y éticas de la dupla empírico-trascendental (“kantiano-comtiana”).

El recorrido se hace en cinco secciones: a) El precursor como traductor: la obra balmesiana deja ver la trama moderna donde se urdirá un lenguaje geométrico-escolástico. b) La filosofía de Balmes rompe con la representación: usando la constatación científica de que los colores no son inherentes a los objetos sino al sujeto, afirma que no tenemos conocimiento de las esencias, sino sólo de apariencias. c) Pero postula una noción “trascendental” sucedánea a la kantiana para distinguir lo “subjetivo” de lo “objetivo”, es la “idea de Extensión”, que no procede de los sentidos, y es concebible por un ser intelectual puro: Dios. d) El realismo balmesiano afirma una doble realidad: las apariencias *subjetivas* producidas por las sensaciones y “que por una ilusión convertimos en objetivas” y la realidad *objetiva* de la extensión que es el orden necesario de los seres tal como puede ser pensado por el entendimiento puro, liberado de las representaciones sensibles. e) La metafísica de Balmes termina postulando un orden “ontológico” de estilo geométrico –racional-, fundado en el principio “lógico” de contradicción: una identidad lógico-ontológica al cual sólo la filosofía permitía acceder.

En la tercera parte se retoma el Informe de M. A. Caro: su solución ya no mira hacia las ciencias racionales sino hacia la ciencia positiva del lenguaje, la Filología; pero inserta en una “metafísica tradicionalista” sobre la “revelación primitiva”. El análisis de esta postura se hace en siete secciones:

- Caro argumenta que la fisiología experimental (Bernard y otros) y la filología “reconocen en el hombre la existencia de un orden sobrenatural”, evidenciando que la “escuela tradicionalista” recurre a argumentos empíricos para fundar lo trascendental.
- Ello remite a documentar relaciones y divergencias entre “tradicionalismo” y “positivismo comtiano”: su admiración común por el orden social medieval; su teoría no-evolutiva de la historia (un movimiento en círculo donde la dinámica está al servicio de una estática); y una idea jerárquica de las ciencias,
- Caro, opositor del positivismo comtiano, sostiene una teoría de la historia análoga (Orden y Progreso, Mutable/Inmutable).pero difiere en cual sería el equivalente de la “síntesis subjetiva” (la ciencia social) comtiana.
- La jerarquía de las ciencias en Caro está apoyada en una teoría de los estados religiosos de la humanidad marcados por la pareja ciencia/poesía, donde coexisten lo perenne y lo histórico, siendo el elemento estático, lo que el filólogo bogotano denominó “idealidad”, o “Bellas letras” como mundo *objetivo* de los “arquetipos” eternos, al modo balmesiano.

- La filosofía católica se funda, según Caro, en una “revelación primitiva del lenguaje”; desplegada a través de un “yo colectivo” en los pueblos históricos: éste se descubriría en la “estructura de la proposición” y en la idiosincrasia de cada idioma.

- Para la ética, Caro acuña otra versión de la “bisagra bernardiana”: las ideas objetivas –experimentales- son el ámbito de la libertad de pensamiento; en el de las ideas subjetivas –innatas- se funda el ámbito del deber moral atado a la verdad.

- La “crisis de la representación”: Caro emprende el desmonte analítico de la Ideología, a partir de “uno de los más importantes descubrimientos de la ciencia del lenguaje” -Franz Bopp (1816): que las radicales sonoras no representan objetos singulares sino ideas abstractas-, niega el valor de la Gramática como ciencia general de las ideas. Es el comienzo del fin del reinado de la “ciencia de las ciencias”.

- La criteriología: tras demostrar que el único criterio de certeza que sostiene la teoría del conocimiento de Destutt es la conciencia (el *yo pienso*), y que ésta no es suficiente para garantizar ni la objetividad del mundo ni la existencia de lo absoluto, Caro nos remite al “Tratado sobre la certeza” de la *Filosofía fundamental* de Balmes.

La cuarta parte es, por tanto, un “segundo excurso balmesiano”, dedicado al análisis de la Teoría de la Certeza del clérigo catalán. El recorrido se hace en dos secciones: la primera explora “la bisagra balmesiana”, y la segunda las relaciones entre balmesianismo, positivismo y neotomismo.

La reconstrucción de la “bisagra balmesiana” pasa por:

- Señalar que la teoría balmesiana de la certeza se hizo popular en el mundo católico: fue una “filosofía práctica” sobre el valor del “sentido común”, esas “sanas ideas” que “todo hombre” posee desde la cuna. Pero según su metafísica existe otra realidad sólo asequible al conocimiento “filosófico”. Existen pues, dos certezas: la espontánea y la filosófica ¿Cómo articularlas?

- La “bisagra balmesiana” liga varios elementos: una distinción entre verdades reales y verdades ideales (las ideales son necesarias, las reales contingentes), que funciona como análogo tanto de la distinción kantiana entre intuiciones y conceptos, como de la distinción bernardiana entre ideas mutables e inmutables.

- Pero su libro más divulgado, “El Criterio”, se mueve en el registro del “sentido común”, estructurado como un método de conocimiento y estudio para los “simples”, cuyo ideal es la del orden piramidal al modo clásico, tanto en ética, como en política.

- La solución a la “doble certeza” se conoce como “teoría de las tres verdades primitivas”: todo hombre dispondría de tres criterios intrínsecos para pasar de una certeza natural a una filosófica: el “yo soy” (hecho de conciencia), el “principio de contradicción” (una verdad objetiva) y la “evidencia” (un criterio); doctrina cuya aceptación o rechazo diferenciaría también a los neotomistas.

El establecimiento de las relaciones entre balmesianismo, positivismo y neotomismo, se hace en varios pasos:

- Primero, analizando la doble noción balmesiana de “sentido común” e “instinto intelectual”, se llega de nuevo a su singular noción de *realismo* que se distancia de un “realismo vulgar”: en la vida diaria necesitamos las “ilusiones” de los sentidos, en la contemplación filosófica se ve “la verdad”: al comparar esta tesis con manuales escolares de “filosofía positivista” usados entonces, se constata un realismo análogo.

- La “ruta del sentido común”: es la vía balmesiana que muchos neotomistas retomaron; algunos acentuando el elemento irracional que Balme trató de evitar. Esa ruta culmina en un listado de las “verdades que todo hombre debe saber y creer, so pena de ser un demente”.

- Siguiendo el análisis que hace E. Gilson de la estructura filosófica –y sus costos– que trajo para el tomismo esta vía, se confirma cómo este importó, en efecto, la problemática del kantismo, la escuela escocesa y el tradicionalismo.

- Reuniendo el análisis arqueológico y el gilsoniano, se extrae finalmente “la matriz epistémica” de la filosofía neotomista; mostrando las “filosofías” sobre las que se estructuró.

En la quinta parte se retoma el proceso histórico de reorganización del saber en Colombia, tras la Cuestión Textos (1870-1882), tanto en la filosofía universitaria como en el sistema educativo primario

- Se confirma, en cuanto al canon de estudios filosóficos, la desaparición del tratado de Metafísica,

- Se constata que en la década de 1880 la distinción *ideas subjetivas/objetivas*, fue introducida en los manuales escolares para la formación de maestros, reformando el método “objetivo” de enseñanza primaria.

BALANCE:

La exploración de la metafísica balmesiana, a partir de su noción de fenómeno como paralela a la kantiana, muestra una curiosa “bisagra”: allí lo empírico es subjetivo (las representaciones sensibles, apariencias, fenómenos), y lo objetivo es trascendental, (el entendimiento y las ideas puras, idea racional, esencias, realidad profunda). El realismo balmesiano es en realidad un “racionalismo” que tratará de conciliar la realidad “común” con la realidad “filosófica”: lo extraño no es que sostenga una dualidad entre fenómeno y realidad –ello es característico de la epistémica experimental- sino que lo llame realismo. A pesar de que esta metafísica no tuvo mucho eco entre los intelectuales católicos, hay tres puntos donde fue punto de anclaje para el neotomismo:

- Uno, la búsqueda de un sucedáneo de la “crítica trascendental” en la idea de un orden subyacente a las apariencias –lo cual marcó una tendencia del neotomismo, su “valoración” de los métodos racionales frente a las ciencias positivas-.

- Dos, la postulación de un substrato permanente tras todos los fenómenos variables que todos los sistemas filosóficos estarían de acuerdo en defender: es decir, la posibilidad de una filosofía perenne.

- Y tres, la identidad última del ser y la verdad demostrada por el “primer principio”, el principio lógico-ontológico de no-contradicción. Si algo tuvo Balmes de “precursor”, no fue en lo que el neotomismo pudo tener de escolástico ni de tomista, sino en lo que éste tuvo de *moderno*, tanto *moderno clásico* como *moderno experimental*.

Terminamos de constatar la presencia de la “bisagra” *estática/dinámica* en autores como Balmes, Comte, Bernard, Caro y Carrasquilla. Ha sido posible sacar a luz las analogías y divergencias entre estas bisagras: la “balmesiana” y “bernardiana” coinciden: en el polo de las “*ideas subjetivas absolutas*”, mientras que el rol de las ideas geométricas de la primera y el de las ideas matemáticas de la segunda, ha sido, en la “bisagra carista”, ocupado por el de las “bellas letras”. En Carrasquilla, la analogía con Bernard es sorprendente, con la diferencia de que para el sacerdote la verdad ontológica es metafísica y no sensible, en lo cual acuerdan Balmes y Caro.

Hay también, por supuesto, analogías y diferencias en el polo de las “ideas objetivas”; para Balmes éstas son apariencias sensibles, para Bernard hipótesis mutables y para Caro es la realidad visible. Tres epistemologías divergentes –e incluso antagónicas, algunas-, construidas sobre una forma estructural común.

Lo que manifiestan estas duplas conceptuales *subjetivo/objetivo*, *mutable/inmutable*, *relativo/absoluto*, *realidad/apariencia*, *estática/dinámica*, y sus análogas, sucedáneas y combinatorias, es la reconstitución del campo de saber bajo la figura epistemológica crítico-positivista-, la “epistème experimental” o “del Hombre”, tratando a la vez de conservar y relocalizar los elementos de la configuración racional.

¿Fue una conciliación ilusoria de incompatibles o un puente para mantener unidos los dos extremos de la fisura lo que se expresó en la frase neotomista “someter los hechos a los principios”? Aunque Balmes parece haber construido su doble bisagra *absoluto/relativo*, *realidad/fenómeno* partiendo de lo sensible, en realidad su procedimiento es inverso: en vez de legitimar lo trascendental desde lo empírico, acá se ha legitimado lo empírico desde lo trascendental: he acá la bisagra de la metafísica balmesiana. Ella implica, segundo, que no hay una apertura efectiva hacia el conocimiento experimental: las ciencias naturales se definen como ciencias de la extensión; y en tal sentido es el perfecto inverso de la “bisagra bernardiana”, una especie de “retorno” a “lo clásico”.

Pero mientras su contemporáneo Comte se apropiaba de la fisiología y la biología para abrir su metafísica piramidal clásica, Balmes elige la ciencia geométrica en apoyo de su metafísica, lo cual la cierra para asumir las ciencias positivas del lenguaje, el trabajo y la vida; y es tal vez esta la razón por la cual, salvo los puntos, ya señalados, que el neotomismo retomó en clave aristotélica, no sobrevivió nada de ella en la memoria de la intelectualidad católica de finales del siglo XIX, incluyendo a M. A. Caro. Lo cual, por otra parte, no impidió que una buena parte de los manuales neotomistas conservaran este “aprecio” por los saberes lógico-matemáticos: aunque ya no pudiesen tomar una ruta de “retorno” hacia la *mathesis*, al menos no quisieron perder el punto de apoyo en los métodos racionales y sus técnicas para precaverse contra el error. Esto servirá al menos como hipótesis tentativa para posteriores análisis.

Hay un juego de parejas conceptuales que compartieron estructuralmente, aunque con diverso contenido; el positivismo, el tradicionalismo, el neotomismo y el criticismo: *mutable/inmutable*; (*estática/dinámica*); *subjetivo/objetivo*; *necesario/contingente*; *real/ideal* (*realidad/apariencia*); *sensibilidad/racionalidad*; *filosofía/conocimiento común*. Esta trama conceptual permitirá la inserción de las nociones propias del neotomismo -las nociones aristotélicas de substancia y causa, y el primer principio lógico-ontológico, el de contradicción- en la configuración epistémica empírico-trascendental.

En *El Criterio* se puede hallar el arquetipo del proyecto neotomista, como principio jerárquico de orden. Pero como dispositivo de saber, queda en evidencia que este orden funciona porque produce su propio desorden: las querellas que lo sostienen, lo corroen al mismo tiempo.

La ruta balmesiana del sentido común pareció ser una “voie royale” para la *filosofía cristiana*, pues fundaba un orden lógico-racional en unos principios inherentes a todo sujeto racional; pero, como señala Gilson, era finalmente un dogmatismo pre-filosófico que, de un lado, insertó el tomismo en una estructura epistémica que no era la suya; y de otro, lo debilitó como filosofía católica de altura académica: se volvió un catecismo de “verdades” a priori, destinadas a los “simples”, pero débilmente sostenidas. Su fuerza residirá en su inserción en esa *disciplina de la verdad* típica de la filosofía escolar.

Separándose de las valoraciones sobre el neotomismo como “error histórico de la intelectualidad católica” o como “intento fallido de elaborar un sistema filosófico coherente”, el análisis arqueológico permite postular que hubo una “lógica de tensiones epistémicas” que puede dar cuenta de las formas que asumió la *filosofía buscada*. La matriz constitutiva del neotomismo estuvo formada, finalmente, por las tensiones entre el kantismo, el positivismo, el tradicionalismo y el “realismo de sentido común” como polos epistemológicos. Los manuales las combinarán y oscilarán entre ellas. A partir de allí podrá entenderse la diferencia ente “paleo y neo tomistas”.

Históricamente, en Colombia, la derrota de la Gramática general ya estaba preparada, y ello se estaba haciendo no sólo entre la élite intelectual, sino desde las instituciones educativas, en los planes de estudio de la Facultad de Letras y Filosofía: la “Cuestión textos” fue la manifestación político-institucional de que tal cambio pasaba a ser del dominio público.

Será a partir de 1883, cuando se produzca la institucionalización simultánea de la escuela filosófica “positivista” y del “movimiento de restauración neotomista”, prácticamente como gemelos –gemelos enfrentados- en las instituciones educativas y en la arena política colombianas.

6.

GLOBAL:

LA *FILOSOFÍA BUSCADA* EN SU LABERINTO

SUMARIO

Este capítulo se centra en dilucidar el contenido epistemológico y político de la distinción entre “paleotomistas” y “neotomistas” a nivel global, para ver hasta dónde tiene fundamento el que ésta haya sido utilizada como categoría de análisis histórico para explicar la dinámica del movimiento de restauración del neotomismo, que en algunos casos ha sido simbolizada en la oposición Roma/Lovaina.

Considerando que los “paleo” y los “neo” son dos especies del género *neotomismo*, a vía tomada acá es la de analizar el “ala neotomista” en sentido estricto, es decir, el sector de *neotomistas* que rechazaron el modo “antiguo” de hacer filosofía *neoescolástica*, modo al cual denominaron “dogmatismo estricto” o “paleotomismo”: en principio, es el proyecto que tuvo como cabeza visible a monseñor Mercier y su Instituto superior de Filosofía de la Universidad católica de Lovaina, y que tuvo seguidores en muchos lugares, incluso en Roma.

Dado que ya se ha establecido que el proyecto restaurador, para salvar la verdad católica ante el mundo secular y científico, debía salvar una metafísica y una epistemología, este capítulo recorre la problemática de la constitución de los tratados principales del canon neotomista, así:

En la primera parte del capítulo, a partir de la postura de un seguidor de Mercier, el profesor Paul Gény S. J. de la Universidad Gregoriana de Roma, quien denunciaba una crisis en la enseñanza de la metafísica neotomista, se saca a luz la polémica “paleos/neos” sobre el lugar –inductivo o deductivo–, que debía ocupar el tratado de metafísica en el orden de los tratados. Esta línea “neo” proponía reformar el canon clásico wolfiano que separaba la metafísica en general y especial, conteniendo ésta última la psicología, la cosmología y la teodicea como ciencias derivadas deductivamente. Los “neos” buscaron proporcionar una base de ciencias experimentales como fundamento empírico de la metafísica, desarticulando los tres tratados de la “metafísica especial” y colocando la cosmología y la psicología antes del estudio de la lógica y de la ontología. A partir del trabajo de otros filósofos lovanistas de generaciones posteriores (alrededor de 1945), se detecta el impasse al que desembocó tal propuesta, que terminó por hacer “flotar” los tratados que formaban la metafísica, en distintos lugares del canon de los manuales neotomistas.

En la segunda parte se analiza, también a partir de otro lovanista de la generación de posguerra, el canónigo Georges Van Riet, el proceso de conformación del tratado de epistemología, el cual también por razones de método, termina bajo diagnóstico de fracaso, o al menos de impasse.

Finalmente, este recorrido muestra cómo, para superar estos bloqueos, se buscó otro tipo de salidas por la vía de otro tratado del canon, el tratado de Psicología, en donde la integración de los métodos racionales con los métodos experimentales pareció producir efectos positivos, a diferencia de lo ocurrido en los otros tratados estudiados.

Balance:

El (fallido) proceso de conformación de los tratados principales que constituyeron el canon neotomista se explica en esta investigación, como efecto de la conjunción de dos polos tensionales, uno en el plano epistémico y otro en el plano epistemológico, dos planos que han ido surgiendo al hacer el análisis arqueológico del campo de saber en que se insertó el proyecto neotomista: en el plano epistémico, ambos, “paleos” y “neos”, están situados en medio de la polaridad empírico/trascendental característica de la configuración epistémica experimental. Acá, los matices de diferenciación entre unos y otros se dan, en principio, por su opción preferencial hacia uno u otro polo; pero teniendo siempre en cuenta que los dos polos funcionan porque, oponiéndose, se necesitan para apoyarse mutuamente.

De otro lado, en el plano epistemológico, se constata que la polaridad entre “epistème racional” y “epistème experimental” no es exactamente el principio divisorio entre las dos alas del movimiento, sino que se ha transformado en un asunto técnico de métodos: se privilegian, ya sea los métodos inductivos, *a posteriori*, ya sea los deductivos *a priori*; pero todos los tratados y manuales “paleos o neos”, se verán atravesados por tal tensión en diversos grados.

La tensión no podía ser resuelta, dado el componente de “orden piramidal de las razones” que se mantuvo como estructura de base de la jerarquía neotomista de las ciencias, a fin de que la metafísica fuera la ciencia de síntesis general de todos los datos de las “ciencias particulares”. Esta estructura de formato racional, clásico, entraba en contravía con el proyecto de armonizar la metafísica con las ciencias positivas, tratando de demostrar con argumentos tanto racionales como con métodos experimentales, la validez y legitimidad de los conceptos aristotélicos de *substancia*, *acto y potencia*, *materia prima y forma substancial*, y las doctrinas hilemorfista y la de las *cuatro causas*: fueron versiones de la “bisagra bernardiana” (estática/dinámica; subjetivo/objetivo) las que le permitieron articular tales nociones en un dispositivo de saber inserto a la vez dentro de y en combate con la ciencia moderna.

En este punto, las diferencias entre “paleos” y “neos” se difuminan, -los “neos” acudían a argumentos racionales “paleos” y los “paleos” no podían rechazar el cientifismo de los “neos”: la polaridad paleo/neo termina revelándose como el efecto de un dispositivo político, cuya funcionalidad era mantener activas las querellas de Antiguos y Modernos que garantizaban el funcionamiento de esa “maquinaria dogmática de negociación”, tal como hemos definido el proyecto neotomista (“paleo” y “neo”). En este proceso, el neotomismo de Mercier, acentuando la vía experimental pero buscando evitar los “errores kantiano y comtiano”, muestra cómo esta vía terminó por utilizar una “bisagra epistemológica” para ensamblar ciencia positiva con filosofía perennis, que tenía una forma análoga al spencerianismo, un spencerianismo modificado en sentido católico.

Finalmente, la conclusión polémica de esta investigación, que queda abierta al debate y a nuevas pesquisas, es que desde el punto de vista de un análisis de las estructuras arqueológicas del saber, el neotomismo operó como un *analogon*, una “versión católica” de la figura epistemológica de los positivismos.

Otra prueba de ello se vería en que, como efecto de su inserción en esa figura epistemológica positivista -caracterizada por la dualidad entre lo empírico y lo trascendental y entre lo racional y lo experimental-, los tratados del canon neotomista, atrapados por esta doble tensión de método, se fueron separando de sus “vecinos y apoyos”, para tratar de resolver de modo autónomo sus problemas teóricos. En este proceso de dispersión o autonomización de los tratados, no ha de verse un “proceso natural de maduración”, sino el efecto de la “maldición comtiana”, aquella que le advirtió a las ciencias modernas la doble imposibilidad de hallar una síntesis filosófica del lado de las ciencias positivas, tanto como de hallar una unidad del lado del sujeto de conocimiento.

Así, la historia del neotomismo, desde el punto de vista de su estructuración como saber moderno, no habría sido –como han dicho los historiadores recientes de este movimiento- el del paso de una unidad inicial tras la senda de *Aeterni Patris*, a una dispersión y pluralismo debido a la pluralidad de métodos: a la luz de este análisis arqueológico, hay que decir que desde su nacimiento estuvo presente esta tensión positivista entre Unidad y Pluralidad, y que la deriva de multiplicidad era correlativa al impasse epistémico-epistemológico en que se sumieron progresivamente los tratados del canon neotomista.

Ahora bien, de modo similar a como ocurrió con el impasse al que se vio abocada la *Ideología* de Destutt analizada en el capítulo cuarto; en el neotomismo, lo que fue un “fracaso” en los altos niveles filosóficos, se convirtió en un éxito en el nivel de la Pedagogía: el Tratado de Psicología resultó proporcionando una “bisagra racional-experimental” que permitió la supervivencia de un proyecto filosófico-pastoral por medio de las “ciencias experimentales de la psique”. Y ello por dos razones: de un lado, porque el estatuto científico de la Psicología también estaba articulado sobre una bisagra análoga; y sometido a similares tensiones de método; y de otro, porque la Psicología era el nuevo campo de batalla de las “ciencias de la subjetividad”, esto es, el saber del nuevo poder pastoral. Pudo articular así tres epistemologías (o “tres grados de abstracción”): la “del sentido común”, la “experimental” y la “racional”, sobre las cuales se insertaron, a su vez, tres estilos éticos. Solución exitosa, pero a un precio alto: introducir en la ética católica unos conceptos y prácticas nuevas, la distinción bio-médica entre lo normal y lo patológico; una “moral biológica”.